

DON HECTOR A TRAVES DE SUS FRASES

Selección: Adriano Miguel Tejada

La idea de realizar esta “antología de frases” —(perdonen la pretensión)— de don Héctor Incháustegui Cabral es casi concomitante con la idea de dedicar el número 50 de la revista *Eme—Eme, Estudios Dominicanos* a su memoria.

A raíz de su fallecimiento se me ocurrió que podía hacer una buena contribución al mejor conocimiento de la personalidad de este hombre singular recogiendo algunas de sus frases; es más, comencé a escribir algunas de las que recordaba de memoria y que fueron un subproducto de nuestras conversaciones en la Universidad Católica Madre y Maestra, en su casa, en un carro y donde quiera.

Posteriormente, con la aparición de *Escritores y Artistas Dominicanos* y de su discurso “*En elogio de los viejos*”, y finalmente, con la salida de *El Pozo Muerto* en reedición de la Universidad, me pareció que era el momento de emprender la tarea con mayor entusiasmo. Yo conocía los materiales —esos y otros que no aparecen en las publicaciones citadas— de viejo. Usualmente los leíamos en su oficina, y lamento que el propio Don Héctor hiciera la selección, porque eliminó escritos que ya no contaban con su aprecio, y que constituían interesantes aportes al mejor conocimiento de la evolución de su pensamiento.

Sin embargo, al entrar de lleno en los materiales, sobre todo los de *Escritores y artistas dominicanos*, uno se da cuenta que es muy difícil realizar una “antología de frases” —si se permite la expresión— de don Héctor Incháustegui Cabral.

Las frases que uno puede entresacar, y por la muestra que van a leer después de esta introducción, verán que no son pocas, requieren una labor de selección que es muy difícil.

Don Héctor fue un hombre de enormes lecturas, él mismo dice en

una de sus frases que leyó de todo, y por eso es muy difícil en esa prosa culta en la que escribió establecer cuáles son frases suyas y cuáles son la elaboración del pensamiento de otros autores leídos por él, ya que como él también dice leyó muy desordenadamente y nunca hizo fichas, es decir, en su caso se aplica más que a nadie la frase aquella de que lo que él escribía improvisadamente no es más que el fruto de una elaboración largamente meditada y si se quiere también, largamente influida por sus lecturas y por las influencias que recibiera en su largo e importante trajinar por el mundo diplomático o el mundo de las cortes palaciegas.

Varios detalles así saltan a la vista al analizar el material: uno es la enorme influencia en su pensamiento de cuatro o cinco frases que se repiten sin cesar aunque uno no las vea; segundo, algo muy del temperamento de Don Héctor: en *Escritores y artistas dominicanos*, que se supone son juicios acerca de escritores y artistas de nuestro país, no creo que aparezcan más de dos juicios negativos. Eso formaba parte muy íntima de su temperamento. Don Héctor tuvo una extraordinaria capacidad para hacer amigos, no para disgustar, no para echar una pelea, que aunque fuera justa, siempre se perdía, como afirma la maldición gitana; y en tercer lugar, se nota extraordinariamente la influencia de las lecturas más recientes, las lecturas de Kafka, Saint John Perse y principalmente de T. S. Eliot, pero Unamuno y Ortega también están presentes.

Esta antología de frases de Don Héctor está en completo desorden. La idea es que si usted anda buscando una cosa se tropiece con otra, y la esperanza última de recogerlas en un solo volumen es ver, si es posible, que de la lectura de las mismas pueda alguien recibir la influencia bienhechora de la personalidad extraordinaria de un dominicano con una formidable capacidad para amar lo dominicano.

Para mí es más respetable mi pasado que mi presente. Ayer era intuitivo, hoy son reflexivo, razonador, hasta me acusan de frío.

Ser es mejor que saber.

Las almas simples están anhelando siempre estímulos y disfraces para sus necesidades animales.

Peña Batlle, por sus ensayos y por sus discursos, es uno de los más calificados teóricos de la obra de Trujillo.

Cuando se dice literatura, a secas, se quiere decir mala literatura.

Cuanto se hace bien lleva en sí la semilla salvadora del amor.

Cada época escribe su historia.

A los hombres no se les puede exigir más de lo que su propia condición les permite.

Si mis palabras no se levantan sobre un armazón científico nadie podrá decir que carecen de sentimiento y yo soy poeta y creo en el sentimiento y en la emoción.

El hombre, cualquier hombre, grande o pequeño, con letras o sin letras, no es más que una filosofía rodeada de carne, y lo que es más serio todavía: una filosofía en acción.

La historia no sólo ha de ser cantera de ejemplos sino estímulo franco, potente llamamiento al ejercicio de las virtudes superiores, consolidación de los propios recursos y características.

Los hombres nos aferramos de las ideas de nuestro tiempo, de una canción vieja, de un perfume ido, en un esfuerzo por detener, contener, el paso de los años. Mientras viva lo mío vivo yo, parecen decir. Amamos los aires antiguos, porque amamos la propia juventud que con ellos se deleitó; los días dorados en que éramos mozos, fuertes, sanos y despreocupados, y a veces sin darnos cuenta no queremos reconocer el derecho de los que vienen detrás para derribar nuestros ídolos caducados y arrasar jardines en donde sólo el rosal del recuerdo da flor. Este es el conflicto de las generaciones.

El hombre es un milagro de la memoria.

El libro es Arca de Alianza que la Humanidad lleva sobre los hombros en su marcha fecunda por el seno del tiempo.

Yo soy un hombre de estatura muy escasa, de hábitos sedentarios, manso.

Siento un sagrado respeto hacia la debilidad.

El peor servicio que puede hacerle un poeta a sus versos, a su obra, es morirse joven.

Hay algo agresivo, casi impío, en acto a veces engañoso de dejar

caer una monedita en la mano tendida profesionalmente a la puerta de la iglesia o a la salida del mercado.

Siempre es muy peligroso alcanzar el éxito.

El crédito público cuando se rompe no hay quien lo remiende.

El Postumismo, sin proponérselo, no fue más que la poesía de la contraocupación.

El olvido es un procedimiento muy poderoso para subrayar.

Lo que nos hace reír no nos deja pensar.

No sólo de razón vive el hombre dominicano.

Nuestra historia no ha sido escrita.

Al que no le gusta la vieja literatura, no le gusta ninguna, y al que no le gusta la nueva, tampoco le gusta ninguna.

El hombre es lo que hace y si no hay nada que hacer, el hombre sería inútil a sí mismo.

Pedro Henríquez Ureña no sólo era dominicano sino decididamente dominicanizante.

La historia explica la literatura y la literatura explica la historia.

Si queremos conocernos bien tenemos que estudiar literatura.

Lo que se ama o lo que se odia no fue y dejó de ser. Sigue siendo.

Estudiar es ganarle la partida al tiempo.

No se nace impunemente en un lugar determinado de la Tierra. Ese lugar en que hemos nacido nos marcará para siempre.

Los que no están dispuestos a contradecirse, acabarán sin poder divorciarse de sus propias equivocaciones.

¿Qué sería el arte, así generalizando, si la exageración fuera pecado?

El amor al prójimo si no es activo es poco amor.

Y el amor sigue siendo, aunque le cambien el nombre, el motor de las sociedades, el arma secreta de todo lo que tiene buen éxito, de todo lo que a la larga se impone.

Sin educación del gusto no hay educación completa.

Una disminución del interés del hombre por eso que vagamente se llama cultura representaría una pérdida incalculable para el hombre mismo.

Todo gran poema, toda obra de arte, es un descubrimiento.

Nada acerca tanto como el dolor —la tristeza no es más que dolor con sordina.

A la larga todo poeta es íntimo.

Las fronteras hacen que el hombre se encoja.

No me considero comprometido al escribir. Quiero y trato de ser un hombre libre.

Prefiero la poesía a capella.

El miedo para mí es algo fundamental.

Las guerras no se hacen contra los cuerpos humanos. Su objetivo principal está dentro de la cabeza del hombre.

El mal gusto ni entra en receso ni se perdona.

Siempre hemos sido un pueblo de lo más divertido.

Dar siempre representa una victoria sobre nosotros mismos.

Nuestro destino está en las manos de los que cantan, de los que pintan, de los que esculpen, de los que escriben, de todos aquellos que son capaces de insuflar en la tela, en el verso, en la piedra, en los sonidos sojuzgados y en el libro que no pasa, vida que no muere.

Escribir es hablar consigo mismo en forma tal que los demás oigan.

Si finalmente queremos cuajar como nación, como conglomerado humano con la relativa homogeneidad alcanzable, no debemos ser antinada sino humildemente prodominicanos.

Yo creo que mi obra está en mis libros y a estas alturas tengo la sensación de haberme quedado corto, de haber perdido mucho tiempo.

De niño leí mucho. De adolescente leí más. Prácticamente de todo.

Dios me quitó la memoria pero me dotó de imaginación. Creo que ha sido un gran negocio.

Si tuviera alguna memoria sería un erudito.

Padecía la injusticia y la tristeza ajena me entristecía. Probablemente mi mayor defecto es que siempre trato de ser justo, de no hacer daño, de sonreír al que no me quiere bien.

Me convertía en el asesino de la realidad porque no basta que la realidad sea observada, es necesario, era urgente, testimoniar, decir, y decir casi siempre es denunciar. Y el que no denuncia peca.

La gente, así en general, lee poco y los pocos que leen, salvo las excepciones de los especialistas, apenas reflexionan cuando leen.

El amor enflaquece con la reflexión.

El hombre será siempre el centro de todo empeño lírico, a pesar de sus propios errores.

El cambio que el país demanda será obra no de la ignorancia y de las pasiones desatadas sino el resultado del esfuerzo militante de la sabiduría y de la fe de los que pudieron enriquecer su espíritu.

Sin poesía, esa flor preciosa de las intuiciones, los pueblos sólo tendrían el perfil de sus piedras, de sus ríos y de sus árboles.

Un poeta es, con mucha frecuencia, un solo poema.

Nuestros poetas tienen pendiente una deuda con el mar.

Siempre hemos vivido cambiando.

El escándalo de las disparidades entre los críticos es cien mil veces preferible a la paz del entendimiento impuesto.

Un poeta si lo es no puede ocultar el medio en que canta.

El historiador que no haya puesto la oreja interrogante sobre el ancho pecho de la poesía sabrá muy poco de la vida y de la muerte de los pueblos.

Para que Dios sea útil no basta creer en él, es necesario sentirlo y desgarrarse en su amor.

En materia de bienes del espíritu mientras más se da mucho más se tiene.

Somos hombres de fe con un destino y un mensaje.

Un país es la suma de lo que ha sido, de cuanto es y de todo lo que será.

La única posición mala es la ceguera.

A veces el peor camino es el mejor.

Vivir es justificarse.

Reír, a veces, no es más que un signo de impotencia.

La vocación es la mano, pero la técnica es la herramienta.

El arte adquiere su fuerza en la soledad.

Hay aplausos que matan.

Jamás un gran artista es un producto aislado y solitario.

El gran arte no es nunca flor de decadencia.

El arte empieza en donde acaba la verdad.

Lo que es eterno en el arte es el llamado que hace al corazón, su capacidad de sugerir.

El hombre no importa porque muere. Lo que vale es el soplo de

Dios que hizo su nido en las trenzadas ramas de sus huesos. La huella firme que deja sobre el suelo.

Toda crisis, hasta prueba en contrario, es una crisis moral.

Todas las crisis nos atañen, nos preocupan y nos mueven.

Toda crisis es un problema de conciencia.

En la Universidad, sobre todo, se aprende a aprender.

Sólo los humildes aprenden.

Escribir en verso es una forma de conocer y conocerme.

Hay un maestro de escuela que no he podido matar en mí.

Vivimos el tiempo de la magnificación de las diferencias.

El mundo, naturalmente, es de los jóvenes, pero los jóvenes han olvidado, con absoluta frecuencia, que ese mundo lo hemos hecho los viejos.

El amor más fuerte es el que nace después de la muerte.

Los dolores grandes son pocos.

El amor de los nuestros se conoce por sus debilidades.

El arte tiene que ponerse al servicio de la realidad, al servicio del hombre.

La orfandad no termina nunca:

¿Por qué estará uno obligado a escribir?

Todo hombre defiende su verdadero ser.

Hay católicos libre pensadores, yo era un católico en duda permanente.

No hay poesía sin tradición.

Todo es política.

Admiro la erudición y a los eruditos, pero nunca he logrado completar un fichero.

Temo herir, ser indiscreto.

En materia ortográfica la duda salva.

Uno puede hacer mucho bien, y puede hacer, también, mucho daño. Bien hasta con un reparo, daño hasta con un elogio.

Evadirse no es cambiar para huir, es cambiar para alzar el vuelo.

Nos ignoramos tanto que llegamos como a despreciarnos los unos a los otros, sencillamente porque como no sabemos nada de los demás, los demás nos parecen nada.

En prosa, mientras *más llano*, mejor.

1870